

RELATOS CORTOS

'ENLAZADORA DE MUNDOS'

Por Darío Toba

EL VUELO DE LA BRUJA.....	5
GRANADA.....	8
UMA & SEAN.....	9
MORGANA LA TAROTISTA.....	12
EL PRIMER PENSAMIENTO FUE MUJER.....	13
FELINA FENIX.....	16
MELISA.....	18
MEZCALITO.....	20
MIL TREINTA Y CUATRO (1034).....	22
DOS MANOS.....	25
EL NUDO DEL CARCELERO.....	27
EL TESTIGO.....	29
LA MASCARA DE PACAL.....	32
LOS CUATRO LOBOS.....	34
EL YUYERO.....	37
A TIEMPO SIN TIEMPO.....	39
LA PULSERA DE HUME (¿DE QUE TENES MIEDO?).....	41
DÉJAME EL GUSTO DE IRME ANDANDO EN BICI.....	43
LA TORRE.....	48
EL LEÓN ABSTRACTO.....	50
EL DERROTADOR.....	52

ENLAZADORA DE MUNDOS

Melisa -la médium- me aviso sobre mi muerte esa noche. Yo apenas si pude notificar a mis familiares -para despedirme-. Entonces, inmediatamente, comencé a morir una y otra vez. Unos monstruosos elefantes me pisaron la cabeza con sus enormes patas. Mi cráneo estalló como en pedazos de cerámica, una y otra vez, y la sangre manó como si el piso fuera un lienzo, y yo su rojo carmesí. A la tercera vez que sucedió así, morí. Y mis ojos vieron una realidad diferente.

En esa otra realidad, yo era un médico en un hospital, en la ciudad de Rosario. Y me asfixiaba, no podía respirar. Me caía de rodillas, me arrastraba como un perro jadeante, agónico, suplicante, moribundo, hacia la puerta de cristal. Pero caí. No la pude abrir. Mis manos se posaron en el piso sin fuerza. Llegaron los paramédicos con otros 3 cadáveres en camillas. Alguien dijo que “fueron 5 los casos que murieron por el mal estado del producto deportivo” - que injerimos-. Y morí. Morí 2 veces. Y a la tercera todo volvió a cambiar.

La realidad luego era en un aeropuerto. Estaba yo sentado en el hall de acceso al avión, como todos los demás pasajeros que ya habían hecho el check-in, y junto a mi esposa, Liliana, y mi hijo, Nicolás. Sentí que no podía respirar. Y me desvanecí 2 veces. A la tercera morí. Me sentí tranquilo que tenía un seguro de vida por cien mil pesos para dejarle a mi esposa. Y acompañé a mi hijo por un tiempo más. Luego escuché que él le decía a mi esposa -quien lo llevaba de la mano- “Al principio podía verlo, pero luego ya

no” y con lágrimas en los ojos seguían su camino. Yo seguí el mío con mis propias lágrimas. No podía hacer nada. Y escuché el sonido de como todo se empezó a resquebrajar, como el cristal. Y no hubo más memoria de mí, solo el sonido de cristales rotos. Olvido . Silencio. Nada.

Cuando desperté, eran las 3:45 am. Nada. Silencio. Olvido. Melisa ya no existía. Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas. Al principio podía verla, pero ahora ya no.

EL VUELO DE LA BRUJA

Melisa -la médium- y yo estábamos sentados uno frente al otro, en sendas sillas. Me gusta compartir tiempo con ella, el poco tiempo que compartimos juntos. Fue en esa ocasión que me preguntó:

- ¿Cómo sabés cuando una persona miente o dice la verdad?

- Es fácil -respondí- lo siento en todo mi cuerpo y entonces lo sé -me pareció raro, porque Melisa ya sabía esto - la vi tomar nota en su cuaderno, y le pregunté - ¿Por qué?

- Porque no lo sé, estoy aprendiendo - me replicó sin levantar la mirada de lo que escribía. Cuando terminó de escribir, dijo - Vení, acostáte en el suelo, panza arriba, con la cabeza mirando hacia allá y los brazos en cruz, y cerrá los ojos.

Allá era el Norte. Y así lo hice.

Ella hizo lo propio, colocando su cabeza junto a la mía, unidas crisma con crisma, con nuestros cabellos amortiguando el contacto. Imaginé que formábamos una cruz de dos, donde el centro eran nuestras cabezas. Nuestros miembros eran los extremos.

No sé cuánto tiempo pasó.

En un momento sentí su frente sobre la mía. Frente con frente, ella se había elevado, y colocado su frente sobre la mía. El contacto era cálido, dulce, suave, y gozoso.

No quería que se terminara ese instante. Solo ella y yo.

Tuve toda la intención de decirle que me gustaba y que la amaba. En silencio, se lo dije en silencio, con el pensamiento.

"Sentí con todo tu cuerpo como te amo"

Pero no distinguí si ese pensamiento había sido mío, o de ella,... o de ambos. Pero lo sentía ardorosamente. Y me di cuenta que ella estaba aprendiendo a sentir así. Al unísono, en todo el cuerpo podía sentirlo.

Pensé -eso sí, estoy totalmente seguro- en poner mis labios sobre los de ella, trayéndole la carita con mis manos hacia mi rostro y embocarle uno de esos besos suaves.

Y sentí una calidez recorrer todo mi cuerpo, de la cabeza hacia los pies, como una suave ola de calor rosada, picante y dulzona, de sabor a malbec en mi lengua, y de olor a pan recién horneado. Ella percibía totalmente todo lo que yo sentía por ella.

Y me di cuenta entonces.

De que estábamos en el aire...

...volando...

...o suspendidos...

... o quizás girando.

Trataba de percibir el entorno, y claramente me era imposible determinar el suelo, del cielo, o las direcciones, o el movimiento.

Me di cuenta que la amaba incondicionalmente.

GRANADA

Después de enviarme esa misiva, esa noche, al volver, ella me ofreció una fruta, de color rojo, del tamaño de mi puño, que al morderla abrió sus concavidades repletas de perlas rosadas, rojas carmesí, sanguíneas, y marmoladas: Una granada dulce, fértil, jugosa, sabrosa. Los reflejos de la luz es esas perlas se deshacían en mi boca. Luz en mi boca. Eran como espejos, yo no podía dejar de degustarlas y mirarlas. Como paradoja de una percepción, eran luz en mi boca. ¿Una ilusión?.

Deseoso, comí ahora de ella, ella misma, ella mi granada femenina. Ella, jugosa, rosada, sanguínea, me llenaba la boca. La abrí y la penetré suave y dulce, y su expresión de ojitos doblados hacia atrás, incrédulos, girados de goce, se encontraban aquí y ahora y en ningún otro lado ni tiempo posibles porque simplemente no había otro lugar ni tiempo ni nada más. Yo la detenía a ella imponiéndole este aquí y ahora, y ella me detenía a mí, con sus manos, porque ya no había más profundidades que seguir alcanzando. Una danza de dos para salvarse mutuamente.

Mis ganas de robarme todo su conocimiento y secreto, de ponerme a su par, de bajarla del templo femenino para hacerla un igual concreto y real en esta danza nuestra. Sintiendo como me espera, abre y recibe con hambre, mucha hambre, más hambre por su hombre, hambre del hombre de ella, por ella, y porque ella lo ama.

Aquí y ahora, solo existíamos ella y yo.

UMA & SEAN

Uma, una mujer fuerte pero quebradiza, me invitó esa noche a compartir su cuerpo. Me miraba y me susurraba cara a cara en su habitación, con luz baja, con el foco puesto en el sentir más que en el ver. Sean, su pareja, de ojos azules cálidos y pelo morocho rimbombante, la acompañaba.

Se acostó desnuda de espaldas a la cama, se abrió y estiró sus brazos hacia mí, pidiéndome. Lentamente gateé toda mi integridad felina hacia ella, en cuatro, abriendo camino entre esas dos secuoyas enormes que tenía por piernas, blancas y magníficas, dos serpientes que se enroscaban en mi cuerpo, su caduceo. Empujándolas leve pero firmemente para hacerme camino, posando mis manos en su vientre, empujando peso allí. Sus ojos saltaron con la nueva sangre refluida, se abrieron más sus iris, sus cejas se expandieron más arriba, y su cuello apenas perceptiblemente hizo un movimiento hacia atrás.

Hice mi camino hasta posar mis labios en los de ella y decirle todo lo hermosa que era, lo cálida que la sentía, y lo dulcemente suave de su piel. Susurros extasiantes para oídos sensiblemente ávidos. Contacto delirante para una piel reseca. Cuando la toqué húmeda y mojada, tembló y gimió inaudiblemente, conteniéndose para sentir más.

Lentamente seguí abriendo camino dentro de su cuerpo. Muy lentamente. Y más le hablaba, la miraba, y la besaba, más su corazón galopaba en su pecho, golpeando y golpeando como cimarrón liberado para la ocasión. Más y

más camino, más y más ojos cerrados, y abiertos, y cerrados, y abiertos, sin mirar, sino sintiendo.

Veían sintiendo.

Mis manos tomaron sus piernas por sus rodillas, una cada una, las abrieron, buscaron la parte posterior de sus muslos, y avanzaron empujando las piernas hacia su pecho, casi hasta tocarlas con sus senos. Y me erguí sobre mis rodillas. Levantando luego su cadera desde abajo, la calcé contra mi grupa. Ya tenía a mi hermosa Uma, toda entregada para mí. El juego rítmico jadeante comenzaba a sumergirse en un ambiente líquido y sin pausa ni prisa. Y ella expresó en palabras -para mi absoluta satisfacción- todo lo que estaba gozando.

“Me encanta tu cuerpo” - me dijo.

Y ella tan suave, increíblemente suave, cálida, era la seda del capullo que quiere explotar. Fue entonces que inconscientemente apuré mi ritmo, un frenesí me tomaba poco a poco.

“No te apures así” - se quejó sin quejarse, me dijo sin decirme, me llamó para que estuviera atento. Se fue del momento.

Y luego llamó a Sean para que se sumara a nosotros.

Le pidió a él que la penetrara en lugar mío.

Y me pidió a mí que penetrara a Sean.

Mientras Sean montaba a la hermosa Uma, yo lo montaba a él.

Un trío a pedido de Uma, para que ella sintiera el placer de sus dos más amados en la misma cama en el mismo momento. Corazón femenino deseoso de tener y unir en un solo instante, amor y placer.

Finalmente Sean se hizo a un lado para que yo terminara con Uma.

Cuando el corazón de Uma dejó de galopar, cuando su aire volvió a su centro, cuando su sangre bajó de sus ojos, Uma llamó a Sean.

“Vamos mi amor” - y se fueron juntos.

Yo me quedé preguntándome qué había hecho mal.

MORGANA LA TAROTISTA

Mi abuelo paterno tenía una amante. Pero eso era un secreto familiar. Mi madre me contó de ella, el día que vino a visitarnos a casa. Era una anciana regordeta, muy cálida, sonriente, y dicharachera. Su nombre era Morgana.

- Claro que a tu padre no le cae bien Morgana -me advirtió-

- En cambio a mí me cae muy bien -reflexioné en voz alta; me recordó inmediatamente a uno de esos antiguos juegos de feria gitana, electromecánicos, que se llamaba así. Y la imagen de ver a Morgana en un televisor tirándome las cartas a mí, fue clara y nítida. La imagen de Morgana se formaba en una esfera de cristal, y hablaba mientras su cuerpo era todo un disfraz estático. Lo más parecido a una posesión fantasmal que un niño pudiera imaginarse.

- Vení, quiero enseñarte el tarot esotérico -me dijo Morgana, sonriendo-.

Yo asentí con la cabeza, obedeciendo, y me acerqué, al tiempo que todo mi lado izquierdo -desde la oreja hasta la cintura, pasando por mi brazo- cosquilleaba como siempre que me topo con alguien que será un moebius en mi vida.

- Voy a hacer una tirada -dijo- y enseñarte una posible forma de consulta -yo seguí asintiendo con la cabeza- . Pensá en una pregunta que quieras hacer al Universo, a ese Misterio, a lo Desconocido. Hacéla en silencio y mientras la

pensás, seguí repitiendo la pregunta para adentro. Yo voy a sacar tres cartas.

Ella esperó mi asentimiento. Tras prender un sahumero, mezcló el mazo sobre el humo. Yo no sé cuánto tiempo pasó, o el orden de cómo pasó, ni si pasó, pero seguidamente había tres cartas frente a mí.

- Esta es tu consulta -dijo- . La primera carta es el asunto, el problema, el rollo del que preguntaste. La segunda es lo que se le opone. Y la última carta es lo que lo soluciona, la llave para resolverlo.

Yo miré las cartas. Seguí el orden en que ella describió la tirada. Era así, como sigue:

1er. carta, La Templanza, arcano XIII

2da. carta, La Rueda de la Fortuna, arcano X

3er. carta, La Torre, arcano XVI

Y entonces, supe.

EL PRIMER PENSAMIENTO FUE MUJER

Yo estaba sentado en mi silla, sobre la alfombra, en el porche de mi casa, tomando mi mate de media tarde, mirando para no mirar la lejanía, como quien mira las vacas en su campo. Entonces sucedió. Tuve un pensamiento.

El pensamiento era ella, Helena, una mujer. Hermosa, de mi misma edad, y nos

mirábamos.

Claro, dejé de tomar mate, para ofrecerle a ella, quien lo aceptó sin siquiera pestañar. Con ambas manos agarró el cuenco, como si lo acunara. Yo no podía dejar de mirarla a los ojos, y tuve que cerrar mi boca que mantenía semi-abierta.

Mi creación alrededor se empezó a rebelar: Mi silla me empezó a molestar, era incómoda. Un mosquito comenzó a picarme. El sol de media tarde, plácido y agradable, volteó a candente mediodía en plena llanura. Mi gata Catalina empezó a maullar pidiendo comida, y a fregarse en mí para que le preste atención. Las puertas de la casa empezaron a golpearse fuertemente por la inesperada corriente de aire. Un viento norte soplaba y soplaba. Y los coleópteros empezaron a volar, avisando de la lluvia inminente.

Helena me devolvía el mate, acto seguido tomaba yo, volvía a cebar, y vuelta de ronda.

Mi creación ya rebelada, optó por la acción subversiva contra Helena, ante lo inútil del despliegue de celos contra mí. Catalina felina atacó, saltándole de lleno en el brazo izquierdo y mordiéndola. La alfombra persa del porche la envolvió de cuerpo entero en menos de un abrir y cerrar de ojos. Y el ombú de la creación, ese ombú donde me refugiaba cada vez que llovía, extendió sus ramas, atrapó el bulto arrollado del cuerpo, y se la comió, engulléndola entera hacia el mundo subterráneo.

Salté inmediatamente de mi comodidad, dí un pasó atlántico hasta el ombú, y

con una fuerza que ni Atlas se cree capaz, abrí las fauces del árbol y me sumergí en el mar de los sargazos tras Helena, y me importó un carajo el riesgo de perderme.

Elena (sin hache ahora) era una prostituta en una ciudad cualquiera de cualquier ruta

comercial en cualquier época. Estaba sentada esperando cualquier cliente, en el umbral de la puerta, en una noche de verano bajo un inmenso cielo estrellado. Miraba a la luna llena que iluminaba su cutis a pleno. Me acerqué, la abracé, la besé, le puse mi capa sobre sus hombros, me senté junto a ella.

Recién entonces me miró, se sorprendió -con ojos increíblemente grandes-, e inspirando abriendo sus brazos, me abrazó dejando caer el peso de su cabeza.

Fue entonces que mi perro Cacique chumbó. Chumbo y chumbó. Chumbaba cuando la gente se acercaba a la casa.

- Hola Darío, como estas?

- Hola Helena, estoy como puedo, matando a mates el tiempo.

- Siempre tan poético vos, che.

- Ahora sí que se puso linda la noche.

- Linda y viajera, parece, no?

FELINA FENIX

Después de servirle leche a la gata en su plato, me senté en la hamaca. La llamé

(‘miau, miau, miau’) tres veces, y vino la Catalina, hambrienta como siempre. La leche fue desapareciendo llevada gota a gota con su rasposa lija roja.

Yo miraba las nubes, para variar. Y me colgué siguiendo el movimiento lento y rotativo que había en ese momento hacia el sudeste, de cara al río. Un movimiento giratorio lento me hipnotizó – un eufemismo para decir que ese día estaba muy, muy, muy ocioso. Así, en ese estado de relajación, pensé que esas partículas de oxígeno en esas nubes tal vez provenían de la actividad biológica de las primeras formas de vida sobre el planeta, amontonándose una sobre otras, en una sopa de agua caliente original Así de ocioso estaba.

Cuando volví la mirada hacia la gata, ya se había dado a la fuga, dejando algunas gotas alrededor del plato, la muy pendeja. Me levanté a buscarla y chequear en sus lugares de siempre. Dime qué gato tienes, y te diré en dónde duerme la siesta, pero indefectiblemente todos buscan calor. Una alfombra tejida, o manta de invierno, o almohada de yute. Y que esté bien mullido. Y si es al sol, mejor.

No la encontraba en sus lugares comunes, y solo cuando miré hacia el hogar

de leños, la ví. Estaba durmiendo sobre las cenizas de lo que había sido la hoguera de la noche, para matar el frío del invierno. Seguramente algunas brasas encendidas quedaban y generaban algo de calor . Yo no podía creerlo... Me acerqué, la tomé con ambas manos, la acomodé en mis brazos mientras ella apenas abría los ojos, y elevaba su cabeza sin oponer resistencia. Y sí, se sentía aún el calor saliendo de las brasas bajo las cenizas. Ella me seguía mirando, intrigada como sin comprender porqué la alejaba de ese calorcito, porqué la privaba de dejarse al impulso calórico y original, primigenio.

Fue entonces que me sentí como el viento, ese mismo que hacía girar las nubes.

MELISA

Ella tenía los ojos todos vidriosos y la tez sonriente, sus dos hermosos ojos pintados a la miel me lo dejaron bien en claro. La leve sonrisa más su leve exhalación lo confirmaba. Todo su cuerpo de mujer ahora quería envolverme y apretarme como a una presa.

Sí, y apretó mis dos manos fuerte, muy fuerte con las suyas, llevándolas a su rostro mientras su pelo la cubría, porque era como estar desnuda frente a mí sin estarlo. Se sabía desnuda y desarmada. Luego me abrazó. Sus brazos me sujetaban, recorriendo hacia arriba y abajo por mi espalda con sus manos abiertas, y colocando su cabeza en mi hombro. Todo pasaba lento, lento, lento. Yo le correspondía aceptándola, ya que era como aceptarme a mí.

Después se acostó de lado, se acurrucó como una niña pequeña. Entonces pude sentir toda su verdad : la hija menor, la que protesta y chilla y pelea y grita y se enfada y golpea para obtener lo que desea ; la que es rechazada porque está torcida; porque no sabe lidiar con eso -sabe cómo puede y como le sale- ; la que se pone celosa aunque no tenga ningún lugar ni motivos ; la que siente vergüenza de sí misma por ser una hembra con sangre en sus venas ; la que pide perdón por estar viva y jadear ; la que sin mediar palabra quiso besarme ; ella , hermosa así como es, la sentí bajar de golpe a ese pozo abismal emocional , después de haber estado tan alto, enlodándose ahora en sus aguas oscuras , sombrías. Sus palabras vinieron a su boca, interpelándome para saciar su sed de respuestas. De qué pasará ahora, qué

hará ella, cómo serán sus días y su trabajo; y todo lo demás, un largo etcétera. Toda una hija menor y sus dudas propias.

Yo le ofrecí mi amistad mientras le apretaba fuerte su mano. Le expliqué que apenas nos conocíamos. Que necesito primero saber cómo es una mujer para poder estar con ella. Que me aterran profundamente las emociones femeninas tan drásticas, que son como una montaña rusa para mí, y que eso me desestabiliza.

Todo parecía un monólogo de mi parte cuando le hablaba. Era como hablarme a mí.

Pero hay algo que no le dije ni pienso reconocerle aunque me atormente con esos ojos de gata vidriosos llenos de éxtasis y yo muera en mi defensa. Y es que empecé a extrañarla y querer verla. Tengo muchas preguntas que me hago ahora. Que va a pasar, que va a ser de mí, y con mis días, y mi trabajo y todo lo demás, y un largo etcétera.

Cosas que una mujer como yo, a esta edad, ya no debería estar preguntándose.

MEZCALITO

La planta caminaba. Bueno, no solo caminaba. Lo hacia verticalmente trepando la pared de tablas de maderas. Mientras movía sus hojas-piés, me hablaba. El mezcalito me hablaba pero yo no podía escuchar lo que decía. Parecía que aún no tenía el acceso a ese contenido que estaba transmitiendo.

El pupilero me dijo que el mezcalito, el peyote, era su maestro. Y que obtenía el conocimiento a través de él, ya que esa era una entidad súper-mediadora.

Me mostró luego como materializaba un huevo energético entre ambas palmas de sus manos, poniéndolas a la altura del esternón , frente a su pecho, y concentrando toda su atención en ese acto, como si fuera el último acto de su vida. Una vez formado, colocó ese huevo sobre mi antebrazo izquierdo, casi sobre mi muñeca, y para mi atónita mirada, se desvaneció, entrando debajo de mi piel, a través de mi carne, y comenzó a navegar por mi sangre, hacia mis dedos. Emergió luego como un obelisco, a la altura de la primer falange de mi dedo índice, en esa mano. Yo no podía dejar de mirar ni sentir lo que estaba sucediendo en mi cuerpo. Me aclaró que esa forma de obelisco se debía a que la energía había reparado un hueso de mi dedo, y así sucedía siempre.

Repitió el acto con otro de los pupilos. Los mismos resultados. Solo que el obelisco se erguía en otra falange de otro dedo, y mas grande.

Atónito. No cabía otra palabra. Yo no sabía donde estaba, o qué mirar, ni que decir, o si acaso quería decir algo. Parecía que después de todo, tenía ganas de aceptar de buena gana que una planta caminara verticalmente y hablara, con tal de poder soportar lo que acababa de sentir en mi propio cuerpo.

Sí, camina.

Sí, habla.

Sí, súper-mediadora.

Sí, maestro.

Parecía que ahora alguien estaba caminando verticalmente, pues.

MIL TREINTA Y CUATRO (1034)

En lo alto de la plataforma, una construcción de madera de más de 30mts de alto, yo estaba de pie y tenía mis tobillos atados a una soga de yute. Un salto hacia el vacío probaría mi valor en la tradición a la que pertenecía Tradición herencia, linaje. Miré hacia la jungla que rodeaba toda la plataforma. Miré luego hacia abajo , frente y recto desde mis pies hacia el suelo. Pegué mis brazos al cuerpo y me dejé caer, oliendo el olor de mi selva verde. Cerré los ojos en la caída.

Y esperé el golpe.

Fue un tirón hacia arriba, que me hizo abrir los ojos, solo para comprobar que la soga se había enganchado en un borde saliente de un travesaño de la plataforma a medio camino, que ese atoramiento había hecho girar mi caída hacia un costado y no en línea recta, que ese costado era en sentido de las agujas del reloj, y que golpeé mi espalda contra los postes. Y me balanceaba ahora en la plataforma, de un lado hacia otro.

Y me bajaron luego, de a poco.

Y yo miraba hacia mis pies que apuntaban al cielo.

Al desatarme la soga de los talones, alguien dijo que me “había girado hacia el lado de los judíos”. Que debía buscar pues una respuesta allí, en esa tradición. Otro agregó, “1034” , mil treinta y cuatro. Ignoro aun hoy a que se refería, si a una medición de tiempo en segundos, o a otra de metros recorridos

(imposible!) , o una cifra acumulada de otra medida. O qué.

Y me mandaron a casa de los sefardíes Una familia judía de cabalistas, de origen español. Eran tres (3), el hijo, el padre y el abuelo. Tres varones.

Con ellos, a buscar la cifra “1034” en algún libro.

Allí fuí, allá y entonces.

El padre dijo : “¿1034? Pues eso me suena al libro de Gilgamesh” - agarró un libro y comenzó a leer un párrafo en voz alta, y maldita idea cabalista, un demonio del inframundo surgió delante de la ventana frente a él, atravesó la misma en un abrir y cerrar de ojos, y devoró su cabeza. La sangre pintó las paredes y no dejaba de brotar, como fuente recreativa de plaza, desde su cuello cercenado. Su cuerpo, de pié ,empezó a caer luego unos segundos, lentamente. Indescriptible.

No hay palabras humanas para describir semejante engendro asesino.

No puedo.

No quiero.

Luego, el demonio mutó, adquirió una forma más reconocible por mi mente, una especie de topo antropomórfico de cabeza enorme y colmillos cuadrados, mas similar a algo erguido en dos patas , con dos brazos, y un torso. Y ropa de monje encapuchado, que se oculta tras una vestimenta de sombra espantosa. Con hambre voraz, apetito de sangre humana.

Y vino contra mí, caminando despacio, ciego, oliéndome.

Tomé un libro sin poder dejar de mirar hacia manos -con tal de no mirar a esa cosa de frente- mientras mi cuerpo se erizó eléctricamente por tanta tensión.

Un libro de tapas duras, color lapislázuli, celeste lapislázuli antiguo y tallado todo por fuera con letras en bajorrelieve plateadas, del alfabeto hebreo, y todo, todo escrito también en hebreo por dentro.

Escuché que el judío más joven, el hijo, dijo : "Es el libro del Árbol de la Vida" . Y echó a correr. Yo cerré los ojos e hice una oración en castellano que no recuerdo, al universo, encomendando mi alma o algo así. Y dejé de sentir la tensión eléctrica.

Volví a abrir los ojos.

Mis manos ya no sostenían ese libro, yo seguía sin saber leer hebreo, y solo recordaba esa cifra, pero no las formas de los demonios. Y quien era yo, eso tampoco lo sabía. Solo sabía que cada vez tengo mas dudas, más preguntas, y menos respuestas.

Fue esa la primera vez que supe que tenía que buscar aquí y ahora esas respuestas para poder vencer allá y entonces. Y saber quien soy yo. Volví a mi selva.

DOS MANOS

En lo profundo del océano, del inmenso océano, un megalodón pre-histórico, enorme tiburón devorador, ágil y fatal, vigilaba el acceso a un tesoro metálico e ígneo. Lo vigilaba sumido en un estado de frenesí psicótico, guardián enloquecido.

Un tesoro en lo profundo del mar. Su forma, de pentagrama. Su continuidad, entrelazada y llameante, en lo profundo del mar. Y al cuidado de semejante guardián.

Mi amigo -el que siempre me muestra cómo hacer estas cosas- tuvo que ser carnada él mismo, para que el monstruo se alejara del tesoro. Y cuando el megalodón -loco, frenético, enojado- iba tras él, pues simplemente él lo capeaba, y con un movimiento tan rápido como invisible, regresaba y tomaba el tesoro con su mano, solo para traérmelo de vuelta a mí.

Lo colocaba en mi mano. Y me hacía notar que ya no estaba, que ya había sido tomado antes, y su presencia de haber estado, era una huella estampada en mi piel. Una huella entrelazada, pre-histórica, tejida allí.

No conforme yo, y ante mi duda, él fue por otro tesoro. Nuevamente, el juego de la carnada con el monstruo -loco, frenético, enojado-. Nuevamente, otro pentagrama ígneo y entrelazado, que deja en mi otra mano. Nuevamente, tampoco estaba ya, sino su huella cicatrizada en mi piel.

Entonces recordé esas lejanas palabras de mi abuelita Estefanía: *"Si haces un bien con una mano, después tenés que poner las dos para recibir cosas buenas. Pero si hacés un daño con una mano, después las dos no te alcanzarán para defenderte"* .

EL NUDO DEL CARCELERO

Mis manos estaban anudadas, esposadas, por lo que parecía una sogá fortísima de yute o algo parecido, y mis muñecas permanecían en contacto una con otra. Era toda una escena preparada, una representación, una práctica a propósito para -justamente- entrenar mi propia liberación.

Entonces mi abuela Estefanía me dijo - *“Darío, para liberar tus manos, vamos a practicar la técnica de llamar al hielo , del congelamiento. Vamos a congelar esas cuerdas que pasan por tus muñecas, para que una vez cristalizadas, puedas romperlas fácilmente.”*

Yo asentía ya que no tenía la mas pálida idea de como cortar sino estas esposas carcelarias. Agregó ella - *“Pensá en hielo. Mucho hielo que corre por tus muñecas”* - y una imágen de campo helado, de esos que se puede observar en la Antártida, vino a mi mente. Pero solo era una imágen, no pasaba nada en mis manos.

“Además de pensar, proyectá la imagen a tus muñecas, generando el hielo” - volvió a agregar. Cosa que hice, sin saber hacerla, ya que no tengo la menor idea de cómo es eso de proyectar (¿Con qué? ¿Cómo? ¿Qué?) . Lo intenté dos veces. Obviamente fracasando con total éxito.

“Darío, Darío, tu vida depende de esto. Tenés que congelar esas esposas

para poder liberarte, ¿o querés permanecer así el resto de tu vida?" - me susurró al oído mi abuelita.

No se cómo ni porqué, pero me salió desde el estómago indolente una fuerza temeraria que frente a la perspectiva de pasar el resto de mis días en esta prisión, me daba asco. Mi proyección de la intención de generar hielo para convertir esas esposas en cristal y así romperlas fue rotunda. Un temporal de hielo invadió mis manos, la soga se convirtió en hielo quebradizo y acto seguido rompí esas esposas con la fuerza de mis muñecas, escuchando un sonido como de cerámica estallando y haciendo eco contra el suelo. Estaba libre!

EL TESTIGO

Esa mañana, me lleva Antonio a un descampado. Me habla de la realidad, de lo engañoso que resulta creer que lo que vemos es la realidad. Que existe un diseño, una fuerza, y luego la concreción en lo material. Pero que lo material no es la realidad verdadera. La realidad invisible, lo que no se ve, ésa es la realidad verdadera. Allí ya está todo diseñado.

- ¿Cómo es posible ver lo invisible? --- le pregunto yo.

- Vamos --- y con un movimiento de su brazo, que extiende, mueve su mano agarrando el aire, y toda la luz comienza a irse hacia el punto de fuga en su palma, un punto aléptico, un aleph de luz, como un remolino de luz absorbido por ella.

De pronto todo es oscuro y denso, no se distinguen grises, no se distinguen sombras ni nada. Y comienzo a recibir un golpe tras otro. Mi cara me duele, trato de cubrirme con los brazos, me golpean una y otra vez en mi estómago; me agacho, y ahora recibo directamente en la espalda; uno tras otro los golpes me van derribando y caigo finalmente al suelo, donde mi cuerpo se mantiene espalda contra el piso; mi cabeza yace de costado, mis brazos están como extendidos a los costados sin poderlos mover..... Creo que es Antonio quien me está pegando.

Repentinamente algo frente a mis ojos es más claro, no a nivel del suelo, sino a nivel del cielo. El cielo es lo más claro, y tiene un color marrón oliva, con

nubes y puntos negros. Una enorme serpiente lo surca de un lado a otro, raudamente. La serpiente, o dragón, es magnífico. Vuela sin alas, tiene la visión desde arriba, y yo lo contemplo desde el suelo. Es el quien arroja los golpes, y caen como columnas que retumban al lado de mi cara, cara que debo mover para que no me peguen de lleno, y todo lo que puedo hacer -porque ni tiempo hay para otra cosa- es mover de un lado a otro mi rostro si no quiero ser dañado - es lo que me sale hacer, al menos, por instinto de preservación.

Es insoportable esta situación. Pasa el tiempo y solo puedo esquivar los golpes y no hacer más nada. Mi mente me quema de no poder pensar en otra cosa más que en esos golpes y como esquivarlos. Una hora, dos horas, el dragón vuela y descarga sin parar todos sus golpes.

Me pregunto qué sentido tiene, por qué soy testigo de esto si no puedo hacer nada. Nada más que seguir esquivando. Y esquivando. Y nada más. ¿Algún día terminará todo esto? Pasan las horas.

Finalmente, y sin mediar aviso ni palabra, la luz aparece, la realidad se vuelve a formar, y me hallo otra vez frente a Antonio. Lo miro a los ojos al muy cabrón, y le espeto con la boca seca de furia contenida:

- No pienso volver más allá si no me respondes primero esta pregunta - sin hablar me miró y esperó la sentencia- : ¿Cuál es la función del testigo, si no puede hacer nada más que seguir siendo testigo?

Antonio me miró y se sonrió con su sonrisita victoriosa, esa de alguien que ya

sabe y conoce. Sabe que las nuevas preguntas conducen a nuevas respuestas. Tener preguntas es seguir siendo testigo, y por eso uno no está muerto sino vivo.

LA MASCARA DE PACAL

Un diáfano maestro enseñaba sus lecciones gnósticas de misticismo tolteca. Sus palabras escogidas con acero eran irrefutables. Su cara de piedra nibelunga lo afirmaba. Y sin embargo yo lo observaba porque su impasividad, su frialdad, su dura cara de piedra no se condecía con el fuego animado que pretendía transmitir. Recordé su rostro. Era el de alguien ya muerto. Una máscara, como la de Pacal. Una tumba pulcramente adornada ya silenciosa.

Me agaché para tomar una piedra de obsidiana del piso. La apreté en mi mano fuertemente, y midiendo la trayectoria, se la arrojé directo al rostro.

Su máscara estalló en mil pedazos y dejó al descubierto un dragón de fuego, un ser que al ser descubierto, se puso inmediatamente en fuga.

Al despertarme del sueño, estaba transpirado de tanto correr fugándome en la neblina brumosa de la que acababa de salir. Tocaba mi rostro como queriendo enjugar mi sangre. Parecía sentir que algo me había partido la cara de un pedrazo. Respiré profundo, dubitativo, pero más liviano.

LOS CUATRO LOBOS

Corro corro corro a través de mi pueblito mexicano, corro a través de sus veredas, salto de toldo en toldo en esta noche lunar de mis pueblerinos queridos. Me oculto a la vista del chamán oscuro y sus cuatro aprendices.

Esos cuatro intentaron atraparme poniendo una canasta de mimbre en mi camino, junto a un puñado de granos de maíz tocados por magia negra. Imberbes! Les pateé el canasto, que se deshizo pronto en el aire, sin tocarlos. Una pena, porque de haberlo hecho, se hubiera vuelto contra ellos su propia brujería.

Maldición! Ahora si que estoy perdido! Viene el viejo chamán oscuro tras de mí! Corre, corre mi corazón, que su poncho negro se desliza de techo en techo como líquido sombrío! No me queda tiempo ni de mirar atrás!

Me atrapa: se pone delante mío con su atrapasueños, y poniéndomelo delante de mi cara, me chupa hacia arriba, arriba, arriba, arriba. Yo paso a través del atrapasueños, y al pasar, veo dibujados en él los símbolos de la serpiente y el cofre. El fuego y el secreto.

Mi enojo me supera porque no puedo contra él. Veo mi propio hocico, siento mi respiración caliente, me sacudo, escucho mis gruñidos desde mi garganta. Estoy por partirle la boca a este viejo.

- No te enfrentes al chamán! - me dice
- No me importa enfrentarlo porque ya lo he hecho varias veces! - le respondo
- Darío, Darío - me llama

Miro al chamán a los ojos. Como su aprendiz que soy, escucho su instrucción y observo al detalle la faena que está llevando a cabo.

- Darío, ya maté al macho alfa de la manada, sostené a este....

Obedezco, atrapo, sostengo, sujeto, abrazo a uno de los lobos. Antonio le clava una inyección letal en su cuello, y le inyecta un líquido. Pasan unos segundos. Él extrae la aguja mientras el lobo se va desvaneciendo. Un rastro de sangre granadina dejan sus gotas marcadas en el piso. Un rastro. Un charco. Un mar rojo.

Mirando al lobo, veo sus ojos yá cerrados. Ya no tiene miedo, ni furia, ni frenesí, ni apetito. Está como dormido entre mis brazos. Siento una ambigüedad, un impulso por recoger esa sangre y volver a colocársela en su cuello, y chupar con mi boca el veneno. Con un algodón, limpio la sangre ferrosa e ígnea, limpio su cuello húmedo, y deseo profundamente que vuelva a abrir los ojos.

- Darío, debes matar vos a los lobos restantes. Ya sabes cómo hacerlo.

Sin decir palabra, porque ya sé que él ve la flaqueza de mi corazón,

asiento con la cabeza. Los restantes dos lobos están sentados mirándome con temor. Sus ojos están bien abiertos.

Me les acerco. Reculan.

Los miro a los ojos. Obedecen.

Luego miro a Antonio. Los lobos hacen lo propio al unísono.

Un olor a almizcle penetra por mi nariz.

Giramos nuestro cuerpo, y todos nosotros estamos ahora de frente a Antonio.

- Ahora sé que corre sangre por tus venas - dijo Antonio sonriéndose.

El desenlace que siguió era inevitable, ya estaba escrito con sangre de talampaya en una memoria perenne, desde siempre.

EL YUYERO

Es el día del viaje en tren, y estamos en la estación todos los hombres del rey : León, Emiliano, y yo. Se deja oler el aroma de los eucaliptos, que la rodean, se escuchan los pájaros a estas horas de la tarde. Yo me pregunto si estos hombres saben a donde van, a quien van a ver, porque están confiando en que yo los guíe. Se me mezcla el sentimiento de que me hayan confiado algo que no sé exactamente porqué, pero bueno, es mi trabajo al fin y al cabo.

Ya en casa del yuyero (por llamar así a quien por años estudió y probó y aprendió de las plantas, desde sus raíces hasta las hojas, pasando por las cortezas, extrayendo sus esencias, sus aceites,...) él me muestra un frasco, que acaba de bajar del estante detrás suyo. De vidrio, y cerrada su tapa metálica, su etiqueta de letras ya borradas no me impide ver algo inverosímil: Un libro dentro.

(No puede ser, me convenzo, que mis ojos me engañen así. ¿Cómo es posible colocar un libro dentro de un frasco que cabe en la palma de mi mano?)

Me entrega el frasco, me dice que la semilla de almendra verde esta guardada dentro. Y yo tomando el frasco, con cuidado, desenrosco la tapa, la quito, y sumerjo mi dedo índice en lo que es un espacio interior de tierra, la cual remuevo lento, y sí, allí está la semilla de almendra, ... ¿pero no es que había visto un libro? *“¿Dónde está el libro que acabo de ver?”* le escupo

anonadado en la cara mi pregunta.

El yuyero simplemente baja la mirada, gira su cabeza de lado, y me responde algo que creí entender como *“Es una semilla y contiene en su germen todo libro”*, confirmando mi ignorancia.

Ellos, a quienes traje conmigo, presencian la escena. Parece que la semilla de almendra verde es algo que tiene su importancia (que claramente no comprendo, si bien intuyo). En un esfuerzo automático, mi lengua de pronto se ve invadida de ese sabor amargo, aceitoso, almendrado, verdoso. Está bien, la acepto, sea lo que sea que la semilla-libro-frasco sea. Ellos no parecen alterarse, ni preguntarse nada, pero de algún modo están participando como espectadores, dando el sí en silencio.

Después, ella, la compañera del yuyero, nos llama. Es artista, pinta al acrílico, al óleo y tantas otras técnicas. Nos muestra a todos también su arte, donde sobre un bastidor horizontal -puesto a su vez sobre una mesa- concentradamente pinta una forma que inicia en un centro, circularmente va abriéndose mas y mas, describiendo un caracólico devenir en su trazo. (*¿Cómo era el nombre de esa figura? !Espiral , espiral, espiral, bendita memoria!*) Luego, con el espiral hecho, va dejando caer agua para difuminar sectores y soplar con su boca para correr más las gotas aún húmedas. Pasa fácilmente una hora sino más. Parece que ella no tiene nada mejor que hacer en el mundo, que dedicarse a esta enseñanza con todo amor por su parte. Digna compañera del yuyero.

De nuestra parte, quiero decir, mía, o sea, también de mis clientes (ellos a quienes conduje hasta aquí) parece que estamos satisfechos. Es muy grato todo esto de no saber porque ni como uno termina aprendiendo cosas que jamás tuvo la intención de hacer, pero tal vez sea por esa misma razón, que fortuitamente uno se las topa y las acepta. Así que tomamos nuestro té serrano, de *melisa* y *poleo*, junto a nuestra porción de torta de queso crema con esencia de *lavanda*. Sí. ¿Qué más se puede pedir?

A TIEMPO SIN TIEMPO

“Todo mi mundo se resume en lo que hago. Soy lo que hago. No sé hacer otra cosa, y ¿cómo voy a saber algo diferente? ¿Qué se supone que haga cuando me jubile? Si me asalta y se me rebela el pecho. Soy sacerdote! Sacerdote católico, y ésta es mi iglesia, que se lleva mi sangre. Miles de puestas de sol en más de la mitad de mi vida la pasé acá. Soy una piedra viva más de este lugar. No se distingue el paisaje porque las piedras, el perfil de las montañas, la cruz del campanario, el color celeste del cielo, y yo, somos todos lo mismo. Que no me vengan a joder esos burócratas de Roma con eso de jubilarme, que mis años ya no me dejan recordar ni que ocho cuartos. Que hay quejas, que son muchas, que llegaron a oídos del Obispo, que me duermo durante la misa, y que tomo vino de más. Qué saben! ¿Jubilarme? ¿Cómo se puede jubilar, dar de baja por inútil, por viejo? ¿Qué voy a hacer? No me entienden yá.”

- Mario?
- ...Sí, perdón.
- Te dormiste de nuevo?
- No, solo estaba reflexionando para adentro.

- Llegaron de la capital, de Salta, el Sr. Obispo quiere hablar en persona con vos para que entres en razón, dice.
- No. No voy a jubilarme. No me voy a ir de aquí, porque yo no sé hacer otra cosa, porque yo soy de este lugar. Aquí me quedo! Y punto!
- Mario...
- Mario las pelotas, y decile al Sr. Obispo, al inútil ése, que se vaya bien a la reputa que lo parió porque no me va a jubilar.
- Mario! Que hacés, vení... Mario, Mario, no te vayas, no corras, Mario!

“Corre, corre corazón! Señor mío y Dios mío, no me dejes en esta hora que me quieren echar de tu lado, Señor mío, y Dios mío, tu fiel servidor te pide que...”

“...Roto, roto, ... dolor, mi cabeza, me duele, mi derrotero duele con dolor... la pared, ... fría, y dura , de piedra fría... Mi mirada ... fija,... qué pasa que no puedo mover mis ojos? Estoy cansado”

- Mario! Pero que haces vasco cabeza dura! Soy Pedro! , Pedro Mario!, soy yo, háblame, háblame te digo! Cómo me haces esto, Mariooo! Estas lleno de sangre, te partiste la cabeza, sos un bestia!

“Pedro, Pedro, mi Pedro amigo fiel, mi piedra, mi fuerza, Pedro, Pedro, amigo. Todo este tiempo con tiempo para llamarte y no te llamé. Ya no tengo tiempo Pedro, quiero abrazarte, abrazame Pedro, tengo frío”

- Mario! No te vayas vasco! Mario por favor , volvé! Cambiaría toda mi vida para sentir tu abrazo!

“Gracias por el abrazo mi amigo. Ya no hay tiempo, a tiempo, sin tiempo ...”

- ¡Dios mío! Pero que pasó con el Padre Mario! Santa María purísima, está muerto! *In Nome de Patri, e Fili, e ...*
- Sr. Obispo, las últimas palabras del Padre Mario fueron para ud . : Que se vaya bien a la puta madre que lo re mil parió.
- *E spiritu sancti ...*

LA PULSERA DE HUME (¿DE QUE TENES MIEDO?)

El brujo tenía su hermosa biblia envuelta con una mantilla huichol hecha a media, toda multicolor, de pequeñísimas piccitas unidas entre sí, que formaban dibujos geométricos celestes-amarillos-rojos-blancos. Se cerraba con un botón y así protegía al libro sagrado.

También tenía su termo, su mate, y su yerba. Los bizcochitos en una bolsa, cerrada para que no se humedezcan. Un cuchillo de untar al lado. Pero no había indicios del frasco de miel.

La luz provenía de la vela en el centro de la mesa, alrededor de la cual nos sentábamos todos, incluido él. Su conversación rondaba acerca de algún tema cualquiera, cuando sin aviso, nos pidió que nos preparáramos para seguirlo afuera. Cuestión que todos nos levantamos de nuestras sillas, y fuimos caminando tras él, en fila.

Un instante después, ya en pleno vuelo, podía verlo en su forma de planeo como una gran ave negra , desde arriba, y él debajo nuestro, a unos pocos metros, y todos los demás siguiendo su derrotero hacia una g-i-g-a-n-t-e-s-c-a

montaña encumbrada y rodeada por todos lados por otras cimas más pequeñas y puntiagudas, que la protegían. Hicimos pié en uno de los tantos valles, entre un par de picos, más o menos a medio camino entre la base y la cima. Era plena noche, el cielo cubierto de espesas nubes negras, y la poca luz que las nubes dejaban pasar, solo se reflejaba en los valles, nunca en las laderas ni cimas. Jamás.

Fue apenas posarnos. Un ataque masivo cayó sobre todos nosotros. Invisible pero denso y contundente. El brujo atrajo sobre sí todos y cada uno de los (¿cómo llamarlos si no pude verlos?) golpes. Era presenciar una tormenta eléctrica en el ojo mismo de ella. Y él era su pararrayo.

Sobre las pupilas de mis ojos se iluminaba la escena, y los fotogramas silenciosos e invisibles quedaron grabados en mi memoria.

Se dio por terminado el espectáculo cuando volvimos, también sin mayor aviso, a la casa. Él nos mostró los protectores con los que se (¿nos?) protegió: Un encendedor a mecha, en su caja cuadrada metálica, y una pulsera “de Hume” (así la llamó), metálica también.

El encendedor (que llevaba en un bolsillo) tenía su caja comida en uno de los extremos, arrancado un tercio de su tamaño, de una dentellada circular.

La pulsera de Hume corrió mejor suerte, colocada en su muñeca derecha.

Estaba intacta. Conservaba todos sus signos.

- Yo quiero un protector de Hume, cómo lo consigo? -le pregunté-
- ¿Para qué querés un protector vos? Si no lo precisas todavía -y dándose media vuelta, me dio la espalda y caminó yéndose-
- Pero no te vayas, quiero uno! Justo que me interesa algo -le respondía en vano tratando de seguirlo-, decime cómo lo consigo.
- ¿De qué tenés miedo? -y desapareció ante mí-

¿De qué tengo miedo? ¿De morir? ¿O de morir ... engullido, tragado, comido, digerido y vomitado por lo invisible, y desaparecer por siempre en lo desconocido? ¿Por siempre jamás? ¿De qué quiero protegerme sino? ¿Qué quiero proteger, defender? ¿Defenderme? ¿A mi cuerpo? ¿Mío? ¿Esto?

DÉJAME EL GUSTO DE IRME ANDANDO EN BICI

I

Llueve, llueve hace horas, y las calles del suburbio reflejan como acero las nubes grises. Mientras manejo mi auto mirando al frente, doblo en la esquina. ¿en qué estaba pensando el segundo anterior? No lo sé. Pero el bulto apareció en el medio de la calle y tuve que pisar el freno de golpe, mirar de nuevo, fruncir el ceño, ajustar la imagen. Un hombre sentado, como caído, brazos extendidos y sonriendo, miraba al frente. Mi auto detenido a dos metros de su cara.

Llueve, llueve hace horas. Bajo rápido [pienso que se cayó, pero si se cayó, ¿Por qué no se levanta?]. Lo reconozco familiarmente. A falta de un mejor nombre, aquí y ahora lo llamo Dionisos. Es el ciruja que hace años duerme en diversas esquinas de la zona. Debe andar por los sesenta años. Piel muy curtida, arrugada, pelo canoso, ojos perdidos.

“¿Que estás haciendo? ¡Está lloviendo!” - le espeto y me sorprende de mi pregunta ridícula y tonta por la lluvia y el frío, cuando no en saber cómo termino allí y si está bien. Los borrachos son inmunes a los golpes, según yo. No me responde, balbucea, mira al frente sin ver, no habla, su mirada va más allá de mí, y su mano extendida me señala un punto a lo lejos detrás mío, donde yo no registro nada cuando volteo a ver. Sigue su balbuceo gutural.

“Vamos que no podés seguir mojándote, te vas a resfriar” - le digo a quien no

registra - yo tampoco registro nada cuando volteo a ver. Su olor a alcohol me impregna cuando lo agarro de debajo de los brazos y lo alzo, caminamos -yo lo llevo y me sorprende se su escaso peso, casi en el aire lo llevo, pura ropa- y lo dejo sentado en el escalón ("*sentate acá*") de una casa, debajo de un árbol, contra la pared para que apoye su espalda.

¿Cómo se dice "sentir sin intervenir" sabiendo que si intervengo, lo estropeo? Siento eso por su condición de ciruja callejero. Lo observo.

Me llevo puesto su olor mientras vuelvo a subir al auto, y cierro la puerta. ¿Llevarlo a mi casa? ¿Darle de comer? ¿Pero cómo me comunico con él? Lento, lento, mis latidos vuelven a bajar de velocidad. Lento.

Lo miro a los ojos a él que mira más allá. Es como si solo tuviera el gusto de irse mirando el más allá.

II

Sopla el viento cada vez más frío, las nubes oscuras y cargadas ya tapan las cumbres de los cerros. La hojarasca se arremolina en el suelo desnudo de tierra y hierbas. El olor a artemisa impregna el campo de hierbas medicinales que empezaron ya a preparar el otoño.

Carmen, la cultivadora del campo, me relata ese día, cuando empezó todo esto del cultivar hierbas medicinales. Hoy es un campo maduro que lleva dos décadas de trabajo. Estoy escuchándola en este preciso punto de su relato: El

por qué lo hizo.

A la sombra, mientras charlamos, ella me dice:

- *Me senté ahí, debajo de aquella ventana, al sol, y en silencio. Una voz interior, mía, me dice '¿Qué querés saber?' .*

Yo le respondo 'Nada'.

Pero con firmeza mi voz interior me vuelve a preguntar lo mismo.

Entonces busco profundo.

'Quiero saber cómo se curaba la gente al principio, cuando no había médicos'.

Veo a Carmen. Septuagenaria. Sus últimos veinte años los dedico a las hierbas, y a nada más que a eso. Cuando busco en todo su relato los porqués, solo veo que el anhelo de la vida es superior a toda limitación material, de instrucción, de obstáculos que pondrán otros para que esto no prospere. Veo al campo, es otoño pero esta con flores aun.

- *Todo está en cambio permanente.*

La vida supera las limitaciones de la estructura, y las hierbas medicinales prevalecen y se adaptan hasta donde parece imposible. Se olvidó de sí, y de los sentimientos de una pareja a su lado, se olvidó de lo propio. Respeto su decisión mientras observo sus dedos deformados de tanto trabajar la tierra. El viento sopla frío, frío, trae aromas, palabras. ¡Mientras me voy me dice "Buen viaje" - ella a mí me dice "Buen viaje"! - Le respondo lo mismo. Lo vamos a

necesitar.

Ella tiene el gusto de irse recuperando lo antiguo. Yo tengo el gusto de irme con el olor a la tierra húmeda, trabajada. El frío del viento otoñal en la cara y el cuello despejado. El olor a moxa. Manos reseca. Sierras. Soledad. Eucalipto. Aguaribay. Silencio. El anhelado adiós sin apego. El sonido de las hojas bailando con el viento allá arriba en la copa de los árboles lejanos. Cielo abierto.

III

Esta mañana de sábado soleado reparto volantes en la vía pública, a viva voz, de este barrio capitalino donde en cada cuadra hay dos carnicerías, un supermercado, un banco, tres cafeterías o restaurants, además de una pizzería, y un kiosco. Reparto volantes de una charla de numerología, lo hago dentro del supermercado, con una señora gorda cargada de *"1 kg de osobuco, 1kg de pan, y ¼ de queso"*. Soy un pez fuera del agua, uso escafandra, antiparras, traje de buzo, que ni falta me hace.

Cuando Furiel me habla, puedo respirar, me saco la escafandra. Debe tener unos 13 o 14 años. Su trabajo es cuidar coches a cambio de 20\$, en una calle de este barrio, en día sábado y domingo. Para esto, viaja en tren desde una villa miseria en el sur del conurbano.

Esto me lo contó a propósito de la pregunta *"¿de dónde sos?"*, de si estudiaba (*"primaria"*) y porque además él me pregunta primero a mí.

"Hago \$800 por día y se lo llevo a mi vieja" - su madre no tiene trabajo, y si el

deja la escuela pierde el subsidio por escolaridad, esa beca del programa educar, así que solo le queda trabajar en los fines de semana.

Que ojala tuviera una bicicleta para venir en lugar de pagar boleto, me dice. Que casualmente tengo una, que se la puedo regalar. Que sí, que donde la pasa a buscar. Que se la traigo yo, le digo. Que no me dice. Que ¿por qué no? - le respondo.

“Me robaron la mía de la puerta de mi casa, así que dame el gusto de irme andando en bici” - me dice él, ‘el que pelea con furia’, Furiel.

IV

Irse mirando el más allá. Irse recuperando lo antiguo. Irse andando en bici. Irse. Si tenés la oportunidad de poder elegir cómo irte, mejor hazlo.

LA TORRE

Te cedí la construcción de la torre de madera, cuando iba ya por la mitad. Por supuesto, y como no podía ser de otra manera, era algo recto, prolijo, basado en la fortaleza del cubo (6 caras) y del arco, con todos sus diversos colores y medidas.

Te ví entonces agarrar cilindros para continuar el trabajo, y dejaste colocado el primero, horizontalmente, de color rojo. Luego, otro cilindro, al lado del anterior. Color azul. También horizontal.

Te tuve una desconfianza pero lógica, ya que pensé que tu lógica no podía encajar, ya que tal como yo sabía, un cilindro no puede soportar un cubo, ni triángulo.

En silencio ví como vos sí sabías en forma diferente a la mía.

Tomaste una pieza de arco, apoyándola en equilibrio en un cilindro. No estabas usando los lados sino los puntos de equilibrio para que la estructura creciera hacia arriba.

Me sorprendí porque funcionaba, y yo ni lo sabía.

Y así te ví colocar en posiciones nuevas, absurdamente equilibrantes, y ver y vencer la altura de la torre.

Al final tuve que sacarle una foto... vencido en mi ignorancia.

Me habías enseñado que la altura se consigue con el equilibrio de los elementos que ya tenemos y es solo cuestión de encontrar el punto exacto.

Y yo sonreí.

Tu lógica entiende y sabe, el resto de nosotros tiene que descubrirte nada mas, con otros paradigmas, con otros puntos de equilibrio y nuevas piezas.

EL LEÓN ABSTRACTO

Hoy fue un día de visita, y compartimos un rato juntos, de juego. Formamos palabras, así, con tus dos nombres de pila y tu apellido. Yo agregué la palabra “miedo”, y así, fuimos armando otras relaciones a eso: “solo”, “araña”, y otras que nos dejaron armar las letras remanentes. Lo que siguió, fueron diez o quince minutos sin desatención. Cuando sin mediar nada, me preguntaste si quería ver tus dibujos y pinturas guardados debajo del sillón-cama.

Con ayuda lo abrí, y sentándome en el suelo, comencé -con tu permiso- a sacar uno por uno, y sinceramente te elogiaba aquellos que me gustaban, mientras me relatabas de qué estaba hecho, y qué técnica usaste. Fui consciente de tu capacidad de concentrarte en lo que te gusta, de esforzarte, en tu propia historia personal.

“El león”, así bauticé a la acuarela abstracta que me sorprendió entre todas. El único abstracto en tu repertorio, que te pedí me regalaras, y lo hiciste.

Todavía sigo sorprendido.

Descubrí también -vos me contaste- que no estaban colocados tus cuadros en las paredes de la casa. Y ahí me di cuenta de tus ausencias, de tus invisibilizaciones, de tus ocultamientos.

Saquémoslo a la luz, te propuse y accediste.

Y así, con ayuda, una mecha nueva, tarugos, tornillos y un buen taladro rotopercutor, todos fuimos parte de sacar a la luz nuevamente, tu arte en presencia.

Tu león.

EL DERROTADOR

- Vamos, que solo quería saber como hago para levantarme una mina.
- Y de que te pensabas que estaba hablando?
- Me hablas en difícil.
- Mirá, con una mina podés rebotar, podés arrugar, podés irte al mazo, podés insistir, pero nunca herirla. Distinto es si una mina te apura a vos. ¿Que hacés en ese caso?
- Yo creo que me voy al mazo.
- ... si te encara te vas al mazo?
- Es que me siento en el aire, y todas mis seguridades se evaporan, y no puedo dejarme caer.
- Pensas que te caes porque te encara una mina? Vos sos boludo, no?
- No sé que hacer, pero me siento así y no quiero.
- Pero que te pasa a vos con las mujeres?
- Me pasa que no las entiendo y en todos estos años no encontré a ninguna como yo, que le gusten los libros, los museos, las exposiciones, ...
- Y menos mal, porque hubiera sido un embole patético.
- No me entendés, yo amo a Helena.
- Y Helena te ama a vos, sí, y que tiene que ver eso? Que te pasa a vos con vos mismo?
- No entiendo.
- Arrugaste porque amas a Helena, pero querés estar con Helena y también con la otra. ¿Como vas a resolver eso?
- ¿Resolver? ¿Qué tengo que resolver ahora? Yo solo quiero que las cosas fluyan . Se llama Melisa, a propósito.
- Como quiera que se llame. No le vas a hablar?
- A quien?
- A don Quijote de la Mancha, boludo, a quien vá a ser?
- Sí. Digo no. No sé. No.
- Y?
- No, sí, sí. Ya entendí. Ver qué le pasa a ella.

- Ay por favor, te escucho y me quiero cortar la yugular con un *Sugus*. ¿Te calienta o no te calienta?
- Las dos me calientan.
- Y vas a hacer equilibrio con dos tanques de agua sobre tu cabeza? Empezá a estudiar malabares con Juan, eh!
- Sé que en algún momento me superaría la situación de todos modos, que terminaría en un caos de sentimientos, y que mi cabeza estallaría. Ya pasé por eso, Antonio, es horrible.
- Todo vuelve para que lo resolvamos, una y otra vez.
- ¿Consejo?
- No, ni en pedo. Yo todavía estoy buscando mi forma de hacerlo.
- ¿Y eso de la ultima observación que decías? ¿Qué es?
- Ah si. Que todos tus argumentos lógicos, temores, inseguridades evaluadas y sopesadas, que fueron derrotando tu capacidad de vivir, pueden ser vencidos en una última observación que hagas.
- ¿Y?
- Y que restablezcas.
- ¿Restablecer qué?
- La vida misma. Eso que te mueve. Lo que te mueve.

() El argumento filosófico de este diálogo está basado en lógica no monótona. Una referencia metódica puede chequearse con Alessio, Claudio, en su Tesis Doctoral en Filosofía, 2015, ["Restablecimiento y especificidad en Sistemas Argumentativos"](#), de la UNdeS, Argentina. Para una idea en 4 renglones, copio su introducción :*

"El restablecimiento es un principio de los sistemas argumentativos que permite considerar un argumento derrotado como justificado, cuando todos sus derrotadores se encuentran finalmente derrotados ... Básicamente se dirá que está justificado cuando la cadena de defensores de tal argumento descansa en un último argumento, aquel que no posee derrotador "